



CAPÍTULO XXV

La Eucaristía y los errores que respecto de ella han germinado en los siglos que cuenta la Iglesia de existencia

Vindicación del dogma eucarístico

SUMARIO

- Siglo I.*—Simoniacos y Basilidianos; Menandritas, Ebionitas y Cerintianos.
Siglo II.—I. Cataristas, ó Gnósticos.—II. Tacianos y Severianos.—
III. Montanistas.—IV. Arcónticos.—V. Pepucianos.—VI. Ofitas.—
VII. Artotiritas.
Siglo III.—I. Samosatenos.—II. Acuarios.—III. Vinarios.
Siglo IV.—I. Aerianos.—II. Egipcianos.—III. Donatistas.—IV. Coliridianos.
Siglo V.—I. Nestorianos.—II. Eutiquianos.—III. Otro error en España.

Fuentes copiosas de donde brota la inmunda herejía son la soberbia, la ignorancia, la incontinencia y la rebelión á la autoridad legítima. Para convencerse de esta deplorable verdad no hay más que recurrir á la historia y ojear en ella las páginas que se ocupan de los hombres que á la Iglesia como á la sociedad en general funestos fueron. Todos ó casi todos estos repugnantes seres se alzaron contra la justicia y el poder, porque de alguno ó de todos los mencionados vicios dominados estaban. No era el deseo del bien común, ni del orden, ni de la ciencia verdadera el móvil que les impulsaba á prorumpir en horribles blasfemias, en risibles dislates ó en furiosas acometidas; eran, sí, las fuertes pasiones que les arrastraban á manifestarse en trágicos su-

cesos. He ahí por que la sincera descripción de las costumbres privadas y sociales de los hombres funestos á la Religión y á la Patria, es la más selecta *apología* de sus errores. Valentino, ilustrado sacerdote, en medio de su aparente religiosidad, abrigaba en su corazón las aspiraciones por un alto obispado; pero habiéndole sido preferido otro presbítero más humilde que él, comenzó á impugnar los misterios de la fe cristiana, queriendo mezclar las fábulas gentílicas con la pura doctrina católica: Valentino se hizo terrible heresiarca por no haber ahogado cuando debió, sus criminales sentimientos de soberbia. Mahoma, insensato visionario, dió en la manía de establecer un nuevo orden de cosas, ordenando redactar para el efecto el triste Korán, que no escribió él por ignorar este arte, y determinando esa infausta era mahometana que tantas lágrimas y sangre ha hecho derramar en la sucesión de los siglos: Mahoma fué un impostor imbécil por no conocer la ignorancia crasísima de que estaba poseído. Marción, atrevido presbítero, fué arrojado de la Iglesia por su propio padre, su obispo, no por otro motivo que por haber cometido un pecado gravísimo de impureza; desde entonces prometió á los fieles dividir eternamente á la Iglesia de Jesucristo, sembrando en efecto las arteras herejías que daños tantos causaron en la humanidad: Marción se hizo formidable hereje, por no saber refrenar á tiempo los bajos apetitos. Focio, corrompido lego, llevado de sus ambiciones sacrílegas, jamás quiso oír la voz benigna del Supremo Pastor de los fieles que le ordenaba la espontánea dimisión de su cargo, y, en su consecuencia, introdujo en mal hora el desgraciado cisma de los griegos: Focio se hizo hereje por la maldita rebelión á la autoridad legítima. Lutero, fraile sin vocación, á la par que de claro talento, para su desgracia, es el modelo de los heresiarcas que reunieron todas las exaltadas pasiones humanas desatadas, y que pusieron en conmoción al orbe entero: por eso Lutero causó en la sociedad, más que ningún antecesor suyo, daños inmensos é irreparables.

Vistas las fuentes de donde mana toda herejía, y conside-

rando que la escena que se desarrolla en todos los tiempos respecto al error es siempre la misma, tenemos adelantado muchísimo para pesar con exactitud el valor de las opiniones, teorías y sistemas de los hombres á quienes no impulsa á obrar la verdad, la justicia y el bien, y ésta, que es una regla general, debemos tenerla muy presente al ocuparnos en este capítulo y siguientes de las herejías antieucarísticas, para poder mejor desbaratarlas y levantar sobre sus informes y asquerosos restos, la monumental fábrica de la verdad eucarística, á fin de que este luminoso faro envíe sus potentes rayos que hieran las inteligencias necesitadas y las conciencias dormidas.

SIGLO I

Abrió la puerta á los herejes de todos los siglos el impío Simón Mago, quien, para engañar mejor á las muchedumbres, intentó comprar á los apóstoles el don de obrar milagros. Repelido, empero, enérgicamente por el Jefe de la Iglesia, comenzó á dogmatizar que el Verbo no había tomado carne real, sino ficticia, y de consiguiente negaba que en la Eucaristía estuviese verdaderamente presente la Carne y Sangre del Salvador. Discípulos de éste en la escuela y doctrina fueron Basílides y Menandro, que también lograron por desgracia reunir prosélitos. El soberbio Ebión de Pella y Cerinto llegaron á blasfemar que Jesús era hijo natural de José y María, á quien por sus excelentes virtudes se había unido Cristo, bajando del cielo en forma de paloma. Negaron por consiguiente la verdadera esencia del adorable Sacramento, puesto que suponían en Él, como Nestorio, dos personas distintas.

Para rebatir á semejantes embaucadores no hay más que presentar los testimonios del Testamento Nuevo y de los testigos oculares de Jesucristo. Á los primeros sin duda se refiere S. Ignacio Mr. cuando dice (1): «No admiten la Eucaristía ni las oblaciones, porque no confiesan que la Euc-

(1) Ep. ad Smirn.

ristía es la carne de Nuestro Señor Jesucristo que padeció por nuestros pecados, y la que el Padre resucitó por su benignidad».

SIGLO II

I. Entrando en el siglo II tropezamos con los *Cataristas*, *Purificadores* ó *Gnósticos*, denominados así porque intentaban purificar la materia de la consagración del Cuerpo adorable del Redentor. Consideraban al pan como creado por el principio malo, deduciendo que para usarlo en la Misa, era necesario purificarlo antes. Quien considere que todas las cosas han sido creadas por Dios, comprenderá que esto es un solemne dislate, digno de olvido sempiterno. Mas estos herejes, al propio tiempo que extremados impíos, se valían para la pretendida purificación del pan, de medios asquerosos é indecentes, los cuales mezclados con la harina de la que se había de amasar aquél, lo dejaban de este modo apto para la consagración. No es necesario descender á atacar semejante herejía, ya que, como dice á propósito un sabio autor (1), no hacían el Sacramento de Cristo, sino más bien el de Satanás, ó para mejor decir: el excremento.

II. *Taciano*, sirio de origen y discípulo del filósofo y mártir S. Justino, al morir este santo, regresó á su patria donde comenzó á sentir perversamente de la fe recibida, abrazando los errores de los valentinianos, gnósticos y marcionistas, quienes sustentaban la doctrina de los dos principios, el uno bueno y malo el otro. Añadían que entre las cosas que el principio malo había creado, unas eran el matrimonio, la carne y el vino á las cuales condenaban como ilícitas. De ahí que los sectarios de semejante doctrina presumiesen celebrar la santa Misa con agua sola, juzgando que el vino no podía usarse para la consagración del cáliz, que decían ser el demonio. Mas esta grosera doctrina contiene tres grandes absurdos y una espantosa necedad que precisa conocer.

(1) Annato. De hæreses. Catharist.

Absurdo 1.º—Admitir dos principios como causa de las cosas. Todo lo existente, en efecto, ha sido producido por un solo principio, el Principio divino; y suponer que existe otro principio que tenga las mismas atribuciones que el primero es un enorme dislate; en primer lugar, porque las sagradas Escrituras nos lo acreditan. «Ved, dice el Señor en el Deuteronomio, que Yo soy solo y no hay otro Dios sino Yo: Yo quitaré la vida y Yo haré vivir: heriré y Yo curaré y no hay quien pueda librar de mi mano». Lo mismo repite por Isafas: «Yo soy el Señor y no hay otro». En segundo lugar es la sana razón la que enseña esta hermosa doctrina; á la verdad, es de todo punto indispensable que exista un Ser necesario, que haya creado los demás seres, por la sencilla razón de que ningún ser contingente puede darse la vida á sí mismo. Y llámese á este Ser necesario H ó X, lo cierto es que ha de haber por precisión un ser que sea de su condición necesario. Ahora bien: como este Ser necesario es eterno por naturaleza, de ahí que no pueda haber otro ser igualmente necesario é igualmente eterno: luego es imposible absolutamente que haya dos principios creadores de las cosas.

Absurdo 2.º—Si admitimos la doctrina de los dos principios, resulta que al necesario y eterno Principio le suponemos limitación de poder, ya que el supuesto principio contrario habría de gozar de un poder semejante. Ahora bien; siendo el Ser necesario y eterno de su naturaleza omnipotente, el contrincante, no puede gozar de la misma omnipotencia: la razón está en que si los dos seres en cuestión gozasen de igual poder, ambos podrían mutuamente repelerse, y las obras que creara uno podría destruir su opositor, y al contrario; de lo cual resultaría que ninguno de los dos sería omnipotente: luego es preciso que no haya más de un omnipotente que pueda crear y conservar lo creado.

Absurdo 3.º—Como este sistema admite un principio bueno y otro malo, ambos eternos y necesarios, dedúcese también que hay mal por esencia y que este mal es eterno y necesario. Nada más falso, porque no hay ninguna substancia que sea esencial y absolutamente mala, pues el mal no es

cosa positiva sino privación de bien. El demonio es una substancia esencial y absolutamente buena, muy buena; pero se hizo perversa en su voluntad, lo cual no impide que él sea esencialmente bueno, porque si, por un imposible, el demonio obtuviese de Dios el perdón, quedaría tan bueno como antes; además, aun cuando el demonio sea malo, é induzca á los hombres á la maldad, no por eso puede sostenerse que sea eterno y necesariamente malo, ya que fué creado por el Ser supremo y de Él depende.

De este sistema no sólo se siguen tres detestables absurdos, sino muchísimos más, pues todo él no es sino un tejido de grandes aberraciones. Finalmente: la risible necedad que contiene el sistema de los *Tacianos*, consiste en que celebraban el santo Sacrificio con agua sola, porque, según ellos, el vino, como producido por el principio malo, es ilícito. Y como si quisieran ocultar sus diabólicas mañas, alegaban que el uso del vino es ilícito porque ha sido creado por el infernal espíritu. Si hubieran ojeado mejor el Evangelio de S. Juan, capítulo I, el cual asegura que todo fué obrado por el Verbo, y que nada fué hecho sin Él, no hubieran proferido necedad semejante. De este pernicioso error participaban hasta la locura los discípulos de Severo que llegaron á ser fatalmente en considerable número.

III. Discípulos del que por su soberbia se apellidaba «el Paracleto prometido» eran los *Montanistas*, quienes observaban la perversa costumbre de amasar la materia de las hostias eucarísticas con sangre de niño de un año (1). Como puede comprender el lector algo instruido, semejantes desgraciados no podían consagrar realmente, porque la sangre alteraba esencialmente la materia del sacrificio. Los Papas S. Ceferino y Aniceto les condenaron.

IV. Una rama de los valentinianos fueron los *Arcónticos*, quienes, entre otras cosas, afirmaban que la creación del mundo no era obra de Dios, sino de ciertas potencias que apellidaban *Arcontas*. Despreciaban los sacramentos y entre

(1) S. Epifanio, herejía 28.

ellos, negaban el de la Eucaristía. Mas ¿para qué combatir á semejantes infelices si desconocían la filosofía natural?

V. Sectarios de Montano fueron los *Pepucianos*, quienes sustituían al Sacramento eucarístico un misterio de iniquidad, del cual hablan S. Agustín y S. Epifanio. Refieren que dichos herejes tomaban á un niño de un año, le punzaban el cuerpo con agudas saetas, y mezclando la sangre que manaba de las crueles heridas con harina, confeccionaban una especie de pan y lo ofrecían á Dios, mejor dicho, al demonio, á lo cual denominaban: eucaristía. ¡Ignorantes!

VI. No lo fueron menos unos discípulos de los gnósticos, llamados *Ofitas*, que practicaban otra clase de misterios no tan inhumanos como los anteriores, pero más ridículos. Afirmaban, en efecto, que Nuestro Señor Jesucristo, ¡bendito sea su nombre! se había convertido en serpiente, á consecuencia de lo cual, sustentaban reverentemente una culebra, y luego con hechizos y encantamientos la hacían salir del lugar donde la criaran. Cuando deseaban celebrar su falso misterio eucarístico, disponían una mesa, colocaban en ella cierto número de panes, y sacando la inmundicia serpiente, la hacían andar á su alrededor, asegurando que por su contacto quedaba preparada la eucaristía. La serpiente era besada por estos infernales corifeos, quienes á continuación comían de los panes y comulgaban á sus prosélitos.

Cuán miserables fueran estos mal llamados iluminados señores, se puede deducir del anterior contexto. De las dos clases de herejes, los primeros pretendían convertir un sacrificio de diablos en ofrenda eucarística; los segundos, más necios que los anteriores y sin duda alguna más ignorantes, pero al cabo peseídos todos de las furias del averno, ó trastornado enormemente su cerebro, intentaban con su sacrificio infame, hacer del más santo y magnífico de los seres el ente más despreciable que puede concebirse. ¡Hasta dónde llega el conato del padre de la mentira, y hasta qué límites más estrechos no puede llegar la humana inteligencia!

Hubo un célebre heresiarca, llamado Marcos, que pretendía consagrar la Sangre del Señor, mediante unas palabras

misteriosas que no eran las legítimamente consagratorias. Al efecto, tomaba un cáliz de transparente cristal, en el que vertiendo vino blanco y pronunciando las referidas palabras, hacía ver por este mágico arte, que tomaba un color rojizo, asegurando que la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo era vertida en aquel momento en su cáliz.

VII. Finalmente, confundidos con los *Pepucianos*, los *Artotiritas* ofrecían para materia de la consagración pan y queso, fundándose en que los hombres primitivos ofrecían sus oblationes de los frutos de la tierra y de las ovejas. ¡Oh locura humana!

SIGLO III

I. Pasando al siglo III, se presentan en el cuadro de la historia los *Samosatenos*, discípulos de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, los cuales no rechazaban, como los montanistas, el dogma de la Eucaristía, pero aseguraban que la Sangre de Cristo vertida en el cáliz era corruptible, al modo de los demás licores. Ciertamente, si hablaban de la sangre, como especie eucarística, no iban errados; mas parece que atribuían la corrupción á la Sangre de Cristo, considerada como tal, y, en este caso, era una solemne heretical blasfemia, ya que Jesucristo, una vez resucitado, no puede padecer corrupción, y ni aun antes de resucitar quedó corrompido en parte alguna, porque, según afirma el Salmista, Dios no permitió que su Santo viese la corrupción (1).

II. Los *Acuarios*, llamados asimismo *Encratitas* é *Hidroparastas*, consagraban con agua sola. Se ignora ciertamente en qué época tendría origen semejante herejía, pero se sabe, según S. Cipriano, (2) que la tomarían de la detestable costumbre de algunos cristianos que en los primeros siglos de la Iglesia consagraban dos veces al día, usando por la mañana en la consagración del cáliz agua sola, y por la noche después de haber cenado, vino solo. Mas no dejaba de tener tal práctica su particular artificio, porque

(1) Ps. XV, v. 10.

(2) Epist. 73 ad Cecilium.